Fiebre sola

De esa semana, de esos siete días de pánico silencioso, lo primero que el padre recordaría por siempre y para siempre sería el calor en las axilas de su hijo cada vez que lo alzaba de la cama. Un calor incrustado. Una presencia ajena al cuerpo, apostada bajo los brazos, unida a su hijo como un parásito que se alimentaba de él a fuerza de quemarle la piel y las entrañas.

Un calor insoportable, de estufa, no humano. Cuando iba a verlo en medio de la noche, incluso antes de inclinarse hacia él en la oscuridad, el calor ya estaba en el aire, propagándose por el cuarto, envolviéndolo con su energía invisible. Entonces él tocaba a su hijo, aceptaba su respiración difícil. No interrumpía ningún sueño. Los resoplidos puntuaban un descanso a medias, entre dos planos, que no incluía ni expulsaba al padre ya en cuclillas junto a la almohada. Las manos acariciaban la cabeza desde la frente hasta la nuca y se apretaban contra la espalda primero y contra las axilas después. El hijo se quejaba apenas y en el mismo movimiento el padre lo levantaba y se sentaba en el colchón. El hijo encima de él ahora, incendiándolo. Le preguntaba cómo se sentía y susurraba siempre la misma frase —está bien, estás bien, todo está bien—, como si en ella se cifrara una especie de garantía, la promesa de un bienestar que vendría tarde o temprano por obra de ese abrazo, de ese mecerse al que el padre invitaba y que el hijo aceptaba sin resistencia.

El vaivén y los susurros duraban el tiempo que hiciera falta para alcanzar el siguiente antifebril, la magia que diluía la temperatura por un rato y hundía a ambos en el colchón, donde el abrazo no se deshacía. La mañana reptaba por el pasillo mientras

el calor recuperaba su potencia y el padre despertaba ante el mismo escenario de hacía unas horas: su hijo de cuatro años ardiendo sin causa y sin límite.

La primera visita a la guardia no había sido diferente a cualquier visita anterior. La fiebre llevaba veinte horas y el hijo había tomado su jarabe justo antes de salir para la pediatría. Sentado en una de las sillas de fórmica, con la camisa arrugada y todas las señas en la cara que dejan las noches en vela, el padre lo veía jugar en el centro de la sala de espera con los bloques, los trompos y los ábacos esparcidos por ahí. El hijo jugaba sin interés. La fiebre no había bajado lo suficiente como para devolverle la curiosidad por las cosas del mundo.

Había algunos chicos más en la sala, todos en el centro, jugando también con el encanto percudido por la enfermedad que cada uno traía. Los padres y las madres los observaban desde sus sillas, sonriéndoles cuando los buscaban con los ojos o ignorándolos mientras escribían en sus celulares, y a unos metros las recepcionistas atendían teléfonos y hablaban entre sí tapando los tubos con las manos. De pronto el padre fue consciente del ruido acumulado, la blancura de los fluorescentes, la ausencia de ventanas. Repasó los compromisos que había cancelado ese día y las disculpas que había tenido que pedir porque el protocolo mandaba: fiebre, guardia, el diagnóstico sabido ya de antemano.

Les tocó un médico nuevo. Era mayor que el padre, un cincuentón con la bata jaspeada por el uso y un hartazgo reseco en el tono de la voz. Al padre le demandó un instante convencerse de que ese médico era un estúpido y decidió que no estiraría la visita más de la cuenta. Le contó rápido la situación, tratando de no pensar en la decepción que crecía del otro lado del escritorio. Detrás de los lentes de marco grueso, los ojos del médico le gritaban que el de su hijo era el enésimo caso viral de la semana, que no había en esos síntomas —uno solo, en realidad— nada semejante a una

novedad. Le pidió que lo desvistiera, que lo acostara en la camilla. Mientras palpaba el cuello y la panza del hijo, mientras lo auscultaba y examinaba su garganta, el silencio en el box fue total y necesario, una aceleración del proceso que convenía a todas las partes. El médico se sentó y garabateó las indicaciones que el padre conocía de memoria. Analgésicos cada seis horas, baños tibios, mucho líquido. Segunda visita en setenta y dos horas. Suerte y adiós.

Los siguientes tres días no trajeron progresos, sólo la afirmación de la secuencia, los picos y los rebajes de la temperatura, el drenar lento de los ánimos. Las mejillas del hijo se chuparon. No quería comer, sólo tomar agua, y el padre debía insistir para que tragara unas cucharadas de sopa. Le pidió a su propia madre que lo cubriera mientras iba unas horas al trabajo. La tarde del segundo día, mientras la despedía en la puerta del departamento, ella le recomendó probar con otra consulta. Hecho un ovillo, la mirada menos dirigida a ellos que colgante del espacio que ocupaban, el hijo vigilaba al padre y la abuela desde el sillón del living. El padre tiró de su camisa para liberarla del pantalón. Le dijo a su madre que no se preocupara.

—Los chicos se enferman —agregó encogiendo los hombros.

El hijo permaneció en el sillón hasta entrada la noche, cuando el cansancio terminó de ganarlo. El padre lo cargó hasta su cuarto y después se desplomó en el mismo sillón donde su hijo se había dormido. Pensó en cenar algo, en irse a dormir temprano, en quedarse exactamente donde estaba hasta la próxima urgencia.

La ciudad rumoreaba afuera, más allá del balcón asediado por las ramas de los plátanos, y la penumbra invadía el living con pesadez de niebla. El padre encendió la lámpara de pie y miró la mesa que tenía enfrente. Esa mañana había desplegado sobre ella todos los remedios que había en la casa: cajas sin troquel, frascos con gotero, blísteres de pastillas masticables. También estaba el nebulizador con el cable

enrollado y la mascarilla lista. Había dispuesto ese arsenal en caso de que su madre detectara otros síntomas, pero recién ahora se daba cuenta de que ninguno se había manifestado. No había oído la más mínima tos en todos esos días. Estaba la fiebre, la sola fiebre, y el malestar aumentaba o se contraía según sus caprichos.

Se lo mencionó a la médica que los atendió durante la segunda visita. Ella asintió en silencio. Era una mujer joven, pelirroja, a la que la bata le quedaba apenas grande. Dijo recordar al hijo de otras consultas, aunque al padre le costó recordarla a ella. Tras la revisión, mientras él vestía otra vez al hijo en la camilla, la médica se quedó mirando la nada, jugando a abrir y cerrar el saturador de oxígeno.

—Vamos a esperar un poco más —dijo cuando el padre se sentó—. Sigue siendo un cuadro viral, o eso parece.

Antes de que el padre volviera a hablar de la fiebre, adelantándose a sus preguntas, dijo que los virus se revelaban de muchas formas, que intercalara ibuprofeno y paracetamol cada cuatro horas, y que pronto la temperatura empezaría a caer. Sonriendo, guiñando un ojo, estiró una mano sobre el escritorio para que el hijo se la chocara, pero él se frunció trepado al padre. La médica palmeó el escritorio mientras reculaba de nuevo hacia el respaldo de su asiento.

—No te preocupes, campeón —dijo—. Ya vas a mejorar.

Las horas se aplanaron y se confundieron. Las horas: lo que se contenía en ellas, la cadena de rutinas que sostenían la invariabilidad del cuadro. El hijo ardía; cuando los antifebriles surtían efecto, no ardía tanto. Jugaba con sus muñecos como en cámara lenta, alineándolos frente a él en el piso. Hileras de dinosaurios, soldados y robots en distintas posturas, todos acechándolo.

Al diluirse el efecto, se acurrucaba en el sillón y dormía una siesta intranquila de la que solía despertar sediento y aletargado. El padre le refrescaba la nuca con hielo

envuelto en un repasador e intentaba no abusar del termómetro y las mediciones constantes. Treinta y siete nueve, treinta y ocho cinco, treinta y nueve dos: los decimales dictaban el momento del día, el ingreso de la luz por el balcón, su reemplazo oscuro. La abuela lo suplantaba al mediodía. Intentaba jugar con el nieto, veía dibujos animados con él en la televisión. Lo bañaba con agua tibia y al final del baño cerraba primero la canilla caliente para que el último chorro frío le rozara la cabeza.

La tarde del sexto día introdujo un cambio: treinta y seis tres. El hijo reía, andaba por el departamento, era otra vez el hijo de siempre. El padre esperó hasta la noche para escribirle a la médica de la segunda visita. Ella le contestó el mensaje con corazones y felicitaciones en mayúscula. El padre cocinó para los dos, el hijo pudo con buena parte del plato y después le pidió acostarse en la cama de dos plazas, donde no tardó en cabecear y taparse con la sábana.

El padre lo miró dormir. Ahí estaban todos los rasgos que nunca serían los suyos: la frente ancha, la nariz corta, los pómulos altos y curvos, la forma dilatada y expresiva de los ojos ocultos bajo los párpados. Las piernas y los brazos del hijo eran flacos, casi femeninos en su delicadeza, y hasta su pelo, castaño y lacio, llovido hacia los hombros, era diferente al del padre, crespo y veteado por canas como alambres. El padre sintió un dolor filoso, el tipo de tristeza que no lo inundaba desde hacía tiempo, pero lo disolvió casi sin esforzarse, apoyado en un entrenamiento también antiguo. Lo único que importaba dormía junto a él. El hijo era lo único, no había lugar para más. Le tocó la frente: templada, sin incendio. Apagó la lámpara, se echó boca arriba en su lado de la cama y suspiró despacio.

El calor lo expulsó del sueño. Mientras la mañana le llenaba los ojos, se despegó de la brasa en la que su hijo se había convertido. Todavía sin lamentarse, sin advertir del todo el retroceso, tambaleó por el cuarto hasta dar con el termómetro. El hijo gimió

mientras le quitaba una manga del pijama y le levantaba el brazo. No se animó a tocar la axila, colocó el termómetro y bajó el brazo como si cerrara la puerta de un horno. Dedicó la espera a parpadear, a reubicarse. Aunque la serenidad de la noche anterior ya pertenecía a un pasado ficticio, la mañana y el calor tampoco le parecían reales. Su hijo y él no estaban completamente en ese cuarto.

Sonó la alarma: cuarenta y un grados. La mirada del padre flotó vacía, incapaz de fijarse a la pantalla minúscula. Cuarenta y uno redondos, sin decimales. Saltó de la cama y llamó a la médica, pero no lo atendió. Supo que no había tiempo, al menos no tiempo a favor, y entonces alzó a su hijo, lo llevó al baño, se metió con él en la bañadera y abrió la ducha. El agua fría los empapó mientras el hijo aullaba e intentaba escurrirse de su abrazo. El padre podría haber celebrado esa rebeldía, pero ahora no estaba pensando en nada que no fuera soportar las patadas, los arañazos. Entre los gritos del hijo, durante los mínimos lapsos de silencio entre una inhalación y el bramido siguiente, el padre escuchó su propia voz. Pedía perdón. Le estaba pidiendo perdón a su hijo mientras el agua se derramaba sobre ellos y les calaba la ropa.

Después, mojado todavía, con el pijama goteante todavía puesto, mientras en el centro de la cama el hijo lloraba y tiritaba embutido en una toalla, volvió a llamar a la médica. Llamó sin pausa hasta que del otro lado nació la voz. El padre no respondió el saludo. Dijo, sin subir el volumen, como una máquina:

—Cuarenta y un grados.

La médica pareció entender, preguntó si había otros signos. El padre sintió como una despresurización, un ahuecamiento. Oyó el fondo de voces en el otro extremo, los ruidos de teléfonos que lo ayudaron a imaginar la guardia, las horas que la médica seguro llevaba ahí dentro, asomos de su vida fuera de ella. Respiró como si quisiera devorar todo el oxígeno del cuarto.

—No, fiebre nada más —dijo—. Fiebre todos estos días.

La médica le pasó el nombre de la clínica donde estaba trabajando y le dijo que mencionara su nombre en la recepción. Los recibió en una sala desierta, con unicornios y arcoíris pintados en las paredes. Sentado a una de las mesas, el hijo montó un bloque encima de otro y los contempló con dejadez. Había un gesto casi filosófico en su postura, un desconcierto disfrazado de abandono, la expresión adulta de alguien que no entiende ni quiere averiguar. El padre calculó los antifebriles que todavía podía resistir, cuánto tiempo más podría aguantar oscilando entre la fiebre y ellos.

Mientras tanto, la médica escribía recetas. Las ordenó en una pila y dijo que iban a cambiar el enfoque. Cuatro estudios, para empezar. Le explicó al padre a qué parte de la clínica llevar cada papel y lo que harían con los resultados. El padre la miró sin poder extirparle ninguna información adicional, ningún indicio o pronóstico. En la cara de la médica había labios sellados, ojeras tenues, ojos ligeramente enrojecidos. El rictus de un cansancio que seguiría ahí, inalterado, cuando terminara su día e incluso cuando sus días de médica terminaran, dentro de tres décadas o cuatro, tras una vida entera de lidiar con escenas de ese estilo en otras guardias. El padre recordó encuentros anteriores con médicos y enfermeros, en circunstancias más terminales, más definitorias, y acabó de entender lo que en su momento había sentido de un modo errático. La gente de los hospitales era una raza aparte. Los médicos nos cuidan, los enfermeros también, y nosotros nos dejamos cuidar por unos y por otros, pero no sabemos quiénes son y en el fondo ellos tampoco.

El padre pensó en eso mientras tomaba las recetas. Señalando el dispenser a sus espaldas, la médica sugirió que el hijo tomara varios vasos de agua para agilizar la prueba de orina. El padre se puso en cuclillas frente al dispenser. Al tercer vaso, se dio vuelta y descubrió que la médica se había ido de la sala, quizás por una puerta

secreta, disimulada entre los dibujos en las paredes. Sin brusquedad, se paró y le quitó el vaso al hijo. Estaban solos otra vez.

Fueron a radiología, donde los encerraron en una habitación no más grande que un guardarropa. El padre desnudó al hijo de la cintura para arriba y lo vistió con el camisolín que les habían dado. Tocó el timbre y esperó, el hijo encima de él, el calor de su piel traspasando la tela escuálida.

A los pocos minutos, desde la cabina de mandos, mientras escuchaba al radiólogo darle indicaciones al hijo parado en la tarima, el pecho contra el panel del aparato, los brazos en cruz, los hombros sueltos, eso, muy bien, el padre se contuvo para no entrar corriendo y llevárselo de ahí. Su hijo en ese lugar blanco, empalidecido por el camisolín blanco también, elevando los brazos anémicos, tratando de mantenerse tan quieto como le ordenaban. La garganta del padre se cerró mientras el radiólogo volvía a la cabina y examinaba la pantalla. Hubo un zumbido grave, muy breve. Al despedirlos, el radiólogo dijo que enviaría la placa directo a la doctora.

En ecografía el aire era todavía más severo, como si en la penumbra las máquinas exhalaran frío en vez de la tibieza esperable. Al entrar casi no habían llegado a ver la cara de la ecografista; durante el tiempo que pasaron ahí dentro, fue más una voz que una mujer. El hijo se quejó al sentir el derrame de gel en el abdomen. El padre le tomó la mano, la escondió dentro de las suyas, murmuró algo. Áspera, fumadora, la voz de la ecografista mencionó el apéndice.

—Siete milímetros —dijo.

La luz de la pantalla se disipaba antes de rozarla, perfilando una aureola débil a su alrededor. Más abajo, dentro del brillo, una mano tecleaba con energía. Uñas pintadas de algún color rebuscado, anillos en dos dedos.

—¿Siete milímetros de qué? —preguntó el padre.

La mano siguió tecleando.

—Nada, no se preocupe —dijo la voz.

Del laboratorio, cuando el padre golpeó la puerta con los nudillos, brotó una cara morena y ovalada. La extraccionista pidió la receta, cerró la puerta y enseguida volvió a abrirla. Salió al pasillo trayendo una caja gris, de plástico duro. Les dijo que la acompañaran y en el camino le preguntó al padre si el hijo sabía lo que iban a hacer. Él negó con la cabeza. La extraccionista contestó que estaba bien, que sería rápido.

Entraron en una sala grande, donde seis camas hidráulicas se distribuían el espacio. Sólo una estaba ocupada, aunque la cortina a su alrededor impedía ver quién descansaba en ella. Se oía el pulso de un aparato, nada más. La extraccionista se puso guantes y sacó un recipiente. Tras pasar al baño con el hijo, el padre lo devolvió lleno hasta la mitad. La enfermera lo metió en la caja. Después palmeó el colchón de la cama más cercana.

—Acuéstense los dos. Usted también, papá.

Casi sin usar palabras, apelando a gestos, le explicó al padre cómo abrazar al hijo, cómo trabarle las piernas. El padre podía sentir la tirantez creciente en el cuerpo que retenía. Cuando la extraccionista ató la manguera en su brazo, justo encima del codo, el hijo empezó a soltar un gemido bajo. El padre lo apretó contra sí, hablándole al oído, prometiéndole regalos. No fue rápido: la extraccionista no encontró la vena y tuvo que hundir la aguja una segunda vez. Para entonces el hijo ya gritaba sin modulación, la cara enrojecida hacia el techo.

El padre vio la jeringa en el aire y relajó el abrazo. La extraccionista pegó cinta con algodón en la piel del hijo, fue hasta el pie de cama y descargó la sangre negra en unos tubos de colores. Ahora el hijo lloraba contra el pecho del padre, clavándole

los dientes en la camisa. Mientras cerraba la caja y se quitaba los guantes, la extraccionista dijo que podían quedarse en la sala todo lo que quisieran.

El padre aflojó la mandíbula e ignoró el dolor que se difundía por los músculos de su cuello. Miró las camas vacías, la única ocupada, y se detuvo a escuchar el pulso, que había abandonado su lentitud por un ritmo al filo de la alarma. Una enfermera se deslizó por un resquicio en la cortina y el aparato volvió a sonar calmo y discontinuo. No hubo más movimientos, el llanto del hijo cayó en un lamento impotente. Los ojos del padre se desplazaron por el paisaje frente a él.

Si se durmió, nunca lo supo. Todavía estaba acostado cuando la médica apareció ante ellos. Quiso levantarse, pero el hijo protestó y se estrujó contra su pecho. Con su languidez de esfinge, las manos en los bolsillos de la bata, la médica dijo que tenía los resultados parciales y que ya podía descartar una serie de causas. Habló de serologías faltantes y anomalías metabólicas, de la necesidad de esperar hasta la tarde. Al menos de momento, el hijo estaba en observación.

—Lo importante ahora es hidratarlo —dijo—. Vuelvo no bien sepa algo más.

La colocación de la vía del suero casi no fue un problema. El hijo estaba demasiado cansado para luchar: al sentir el pinchazo, sólo cerró los ojos y arrugó los labios. Se ovilló mientras la enfermera sacudía la ampolla, la colgaba en el pie rodante y preguntaba si preferían que corriera la cortina. El padre dijo que no era necesario. Bajándose de la cama, pidió una silla.

Pasó el tiempo como si nada pasara, como si la sala estuviera fuera del tiempo que gobernaba el resto de la clínica y la ciudad de la que formaba parte. Aunque tenía el celular en el bolsillo, el padre se privó de espiarlo. Saber qué hora era significaba reconocer que el hijo y él estaban ahí esperando. Ni siquiera el llamado de su madre rompió esa terquedad. El padre sacó el celular y la hora en la pantalla refuciló ante él

sin adherirse a su mente. Le dijo a su madre que le avisaría no bien la médica entregara un diagnóstico completo. Después guardó el celular, se echó contra el respaldo y volvió a mirar a su hijo dormido.

Los rasgos, ninguno suyo. El padre sintió el dolor antiguo otra vez, pero no lo combatió. Vio la frente, la nariz, los pómulos, la forma de los ojos bajo los párpados, y dejó que la belleza ajena de su hijo lo lastimara como una radiación. Inclinándose hacia la cama, se dio cuenta de que las sábanas estaban húmedas y que su hijo resplandecía. No tuvo que tocarlo para confirmar que la fiebre estaba subiendo, y por primera vez en esos siete días no le importó. Que subiera, que trepara hasta el infinito la fiebre sola: la resistirían juntos. El hijo tembló y el padre pensó en ir a pedir sábanas secas. En vez de eso, se puso de pie y corrió la cortina.